tual emperador, habia venido en persona á casarse en Milan, en su palacio mismo con una de sus cinco hijas. De él desciende principalmente el corto número de familias Visconti; que pueden gloriarse de semejante apellido. Habia tenido una grandísima cantidad de hijos; y á su muerte, dejo treinta y dos vivos, sin contar los que estaban mamando todavía.

EXTRACTOS
DE
LOS DISCURSOS DE MAQUIAVELO
SOBRE LAS DECADAS DE TITO LIVIO.

§. I.

Es difícil que un pueblo que despues de haber tenido el hábito de vivir bajo un príncipe, cayó por alguna casualidad eventual, bajo un gobierno republicano, permanezca en él (cap. 16 del lib. I.)

Nos muestran numerosos ejemplos referidos por las antiguas historias, cuán dificil le es á un pueblo que, despues de haberse habituado á vivir bajo un *príncipe*, se puso por algun acaecimiento bajo un gobierno republicano, el permanecer en él... No sabiendo raciocinar sobre las defensas ni ofensas públicas, se vuelve muy fácilmente á la obediencia de un príncipe.

El príncipe que no cuida entónces de asegurarse de aquellos súbditos suyos que son enemigos del nuevo órden que él establece, no constituye mas que un estado cuya existencia sera breve (1).

Pero como en todas las repúblicas, de cualquier modo que esten constituidas, no hay nunca mas que cuarenta ó cincuenta ciudadanos que consigan las plazas en que se manda; y que como este número es corto, le será fácil al príncipe el apoderarse de ellos, ya quitándolos (2) ya confiriendoles tanto honor, que ellos, segun su condicion puedan hallarse satisfechos (3) lo restante puede contentarse fácilmente por medio de leyes é instituciones que proporcionen la seguridad general con la del príncipe. Si él las hace, y que el pueblo ve que ningun accidente desordena el

(1) Seguiré puntualmente tus consejos, para que ella sea larga. G.

(2) Las deportaciones, destierros, y por lo menos el retiro zelado. G.

(3) Seré prodigo por todos los estilos; y dejaré pillar, con tal que usen de maña en ello. G.

curso de estas leyes, bien presto vivirá contento y sosegado. Para ejemplo suyo tenemos el reino de Francia, en el que no se vive con seguridad sino porque allí los reyes estan sujetos á unas leyes en las que sus pueblos hallan la suya propia. El que ordenó este estado, quisó que estos monarcas dispusieran á su arbitrio de los ejércitos y erario público, pero que no pudieran disponer de lo restante de diferente modo que lo habian arreglado las leyes (1).

§. II.

Un pueblo corrompido que se puso en república, no puede mantenerse en ella mas que con una suma dificultad (cap. 17 del libro I.)

Sin volver al ejemplo de Roma, me limitó al de los Milaneses, que, despues de muerto el duque Felipe Maria Visconti, se constituyéron en república, y no pudiéron

(1) Era embarazoso; pero dicta uno las leyes; y aparentando conformarse con ellas, dispone de todo á su modo.

permanecer en ella mas que dos años y medio, á causa de su extrema corrupcion. . . . . .
. . . . . .

Cuando la masa es corrompida en un estado, las buenas leyes no sirven ya de nada, á no ser que se confie su ejecucion á un hombre que pueda tener suficiente fuerza para hacerlas observar, de modo que la masa se haga con ello virtuosa (1); pero no creo que esto haya acaecido jamas, y ni aun que sea posible, que esto acaezca. Cuando se vió restablecerse una república caida en decadencia por la corrupcion de la masa, no se restableció por la generosidad hecha virtuosa, sino únicamente por la virtud de algun sujeto de un superior mérito, que, viniendo en medio de ella, hizo revivir allí buenas instituciones; é inmediatamente despues de su muerte, cayó ella de nuevo en sus anteriores vicios, como se vió en Tébas. La virtud de Epaminondas habia podido, miéntras él vivia, conservar allí la forma de república é

(1) Este pape seria bastante bello; pero no llenaria mis deseos. G.

imperio; pero luego que él hubo muerto, volvió Tebas á sus antiguos desórdenes (1). La vida de un hombre de semejante temple no puede ser jamas bastante larga, para que él tenga lugar de acostumbrar perfectamente al bien una ciudad habituada mucho tiempo hace al mal. Y si este hombre, aun cuando él viviera muchísimo tiempo, ò aun dos hombres virtuosos que se sucedieran, no pueden bastar para dirigirla completamente al bien, no puede menos de parecer ella repentinamente cuando falta uno de ellos así como acabo de decirlo, á no ser que él le haya hecho renacer ya á costa de muchos peligros y sangre.

La corrupcion, y la poca aptitud para la vida libre de la república, provienen de las desigualdades que allí se hallan (3); y cuando uno quiere restablecer la igualdad, es necesario tomar grandísimos medios, medios extraordinarios que pocos hombres saben ó quieren emplear (3).

(1) Me es necesario hacer algo de mas durable. G.
(2) No se logrará borrarlas nunca en Francia. G.
(3) Danton con Collot, F. . . . . , y todos los cor-

§. III.

Cuando un estado monárquico empezó bien puede mantenerse en él un príncipe débil; pero no hay ningun reino que pueda sostenerse, cuando el sucesor de este príncipe es tan débil como él (cap. 19 del lib. I.)

Considerando la virtud y modo de obrar que tuviéron Rómulo, Numa y Tulo, estos tres primeros reyes de Roma, se ve que suerte extremamente feliz tuvo esta ciudad bajo semejantes monárcas, de los cuales el primero fué belicoso y brutal, el segundo pacífico y piadoso, y el tercero igual á Rómulo en su ferocidad, mas amante de la guerra que de la paz. Era necesario para Roma, en sus primeros principios, que despues de Rómulo, tuviera ella á un hombre como Numa, que

delieres, etc., los habian hallado; pero Robespierre con sus Jacobinos vino á descomponerlos, y á embrollarlo todo; y la falsa aplicacion suya, que ellos hiciéron de intento, hizo inejecutable el plan, y imposible para siempre la república. G.

fuera capaz de introducir en ella la civilizacion; pero fué despues igualmente necesario que los otros reyes tuviesen el valor de Rómulo, sin lo cual esta ciudad se hubiera vuelto afeminada, y despojo de sus vecinos (1).

Esto presenta ocasion de hacer observar que el sucesor de un príncipe valeroso, aunque no tenga tanto brio como él, puede mantener su estado por un efecto subsistente del rey que le antecedió (2). Goza del fruto de sus fatigas; pero si acaece que él viva mucho tiempo, ó que tras él sobreviene uno que no le sobrepuje en valor, su reino caerá en ruina necesariamente (3). Si, por el contrario, dos príncipes uno tras otro, son de un grandísimo valor, se ve con frecuencia que ellos hacen grandes cosas; y que estas cosas se ensalzan, con su reputacion hasta las nubes (4). David

(1) Entretener siempre el ardor guerrero en mis estados. G.

(2) Consolatorio por la suerte de mi hijo. R. I.

(3) Entónces como entónces; mi gloria subsistirá siempre. R. I.

(4) Pero mi hijo se me asemejara. El primer rey

fué sin duda un famoso hombre, bajo el aspecto de las armas, de la ciencia y juicio; fué tan eminente su valor, que despues de haber vencido y abatido á todos sus vecinos (1), dejó á Salomon, hijo suyo, un reino sosegado que este pudo conservar con sus talentos para la paz, y por el efecto de la belicosa fama de su padre. Gozó felizmente de los frutos del valor de David; pero no pudo hacer gozar por entero de este reino á su hijo Roboam. No siendo este igual á su abuelo bajo el aspecto de la valentía, y careciendo de una fortuna igual á la de su padre; no fué mas que con sumo trabajo el heredero de su sexta parte únicamente de sus estados.

Aunque Baïsit, sultan de los Turcos, gustaba mas de la paz que de la guerra, pudo gozar del fruto de los trabajos de Mahometo, padre suyo, quien, habiendo abatido al modo de David, á sus vecinos, dejó á su hijo un

de Roma en nuestra era será digno del primer rey de Roma de la era de los antiguos Romanos. R. I.

(1) Me es glorioso sin duda el parecerme á este famoso rey de la santa escritura. R. I.

reino seguro, de modo que este pudo conservarle fácilmente con el talento de la paz. Pero si el nieto de Mahometo, este Sali que actualmente reina, se hubiera hallado parecido á su padre, hubiera perdido este reino: y le vemos, por el contrario, sobrepujar en gloria á su abuelo (1).

Con arreglo á estos ejemplos, digo pues que á continuacion de un gran principe, su sucesor, aunque débil, puede conservarse, á no ser que él sea como el de Francia; y que sus antiguas instituciones no bastan para sostenerle. Pues bien, los príncipes son débiles cuando no estan habilitados siempre para hacer la guerra (2).

De todo este discurso concluiré que el sumo valor de Rómulo proporcionó á Numa Pompilio la facilidad de gobernar Roma durante muchos años con el arte de la paz; pero que

(1) Estoy al cabo sin inquietud sobre mi descendencia legítima. R. I.

(2) Recomendaré bien expresamente à toda mi descendencia que este habilitada siempre para hacerla. R. I.

fué una grande dicha para Roma, que despues de Numa viniese Tulo, que, con su marcial arrogancia, se grangeó la fama de Rómulo. Anco, que le sucedio, fué dotado de un tal natural, que le fué posible permanecer en paz y hacer la guerra (1). A los principios habia tratado de permanecer en paz; pero habiendo advertido inmediatamente que sus vecinos le tenian por afeminado, y le apreciaban poco por esta razon misma, juzgó que, para conservar Roma, era menester que él se volviera, hácia la guerra, y se asemejará á Rómulo en vez de imitar á Numa.

Cuantos príncipes poseen estados, deben comprender por estos ejemplos, que aquel, de ellos que se parezca á Numa, conservará ó no su estado, segun que los tiempos ó la fortuna le sean propicios ó adversos; pero que el que se asemeje á Rómulo, y este como él, fuertemente provisto de prudencia y armas, le conservará en todos los casos, á no ser que una fuerza excesiva y tenaz se le quite. Se puede decidir con certeza que, sí

(1) Es lo que mas deseo y á mi hijo. R. I.

Roma hubiera tenido por su tercer rey á un hombre, que no hubiera sabido con las armas restituirle su primera reputacion, ella no hubiera podido nunca, ó con una suma dificultad únicamente, asegurarse ni lograr los grandes triunfos que tuvo. Así, mientras que ella existió como monarquía, corrió el peligro de perecer bajo un rey débil ó malo.

§. IV.

El Príncipe que entra en un estado nuevo para él, debe renovarlo allí todo (cap. 26 del lib. I.)

Cualquiera que se hace príncipe de un estado ó provincia, especialmente cuando esta débilmente sentado en ellos, no tiene mejor medio para conservar este principado, desde que él es allí príncipe nuevo, que el de renonovarlo todo. Es necesario que, en las ciudades, establezca él nuevos gobiernos con nombres nuevos, una autoridad nueva y nuevos hombres, y aunque haga ricos á los que eran pobres, como lo hizo David cuando llegó á ser rey: *qui esurientes implevit bonis, et divites*

dimisit inanes (1). Ademas de esto debe edificar nuevas ciudades, destruir las viejas, transplantar á los moradores de uno á otro parage; en una palabra no dejar nada sin mudanza en esta provincia, y hacer que en ella no haya dignidad, puesto, estado, ni riqueza, que no se miren con reconocimiento y como dimanados de él por los que los poseen (2). Tomése por objeto de mira Filipo de Macedonia, padre de Alejandro, que, de reyezuelo que él era, llegó à ser, con semejantes medios, príncipe de la Grecia entera. El historiador de su vida dice que él hacia pasar á los habitantes de una provincia á otra diferente, como los guardas de rebaños trasladan sus ganados de unos pastos á otros. Pero estos medios son muy crueles y contrarios á las ideas no solamente de la religion cristiana, sino tambien de la humani-

(1) No omití esto, y me fué bien.— Ellos no hacen nada de ello: riquezas, autoridad, puestos y erario público, todo ello queda en poder de los que únicamente á mi son deudores de estos beneficios. ¡ Que podia acaecerme de mas favorable en mis adversidades! E.

(2) Hácia mi se dirige todo su reconocimiento. E.

dad: por esto viéndose precisado á abstenerse de ellos todo hombre sensible y honrado, debe primero vivir como particular que querer reinar con la ruina de tantas personas (1). Pero el que no limitándose á este sabio partido, quiera reinar en una provincia nueva, no puede menos que hacer este mal, si quiere mantenerse (2). Ciertas vias medias que algunos toman, les son perniciosísimas, con el motivo de que no saben ser enteramente buenos, ni enteramente malos (3).

§. V.

El populacho es atrevido; pero en el fondo es debilísimo (cap. 52 del lib. I.)

Muchos romanos despues de la ruina de su patria que el paso de los Franceses (4) habia

(1) Escrúpulo de devoto. G.

(2) Cuanto conduce á este fin, es loable ¿ es el reconocimiento de las grandes almas formadas para reinar estrecho y tímido como el de un trapista. R. C.

(3) No es propio para reinar, el que carece de un genio resuelto. R. I.

(4) Maquiavelo llama así á los antiguos Galos

ocasionado, habian ido á domiciliarse en Veyes, contra los estatutos y prohibicion del senado. Para remediar semejante desórden, prescribió este á los transfugos, por medio de sus edictos públicos, y bajo determinadas penas, que se volvieran á Roma dentro de un tiempo fijo. Luego que estuviéron noticiosos de estos edictos, se mofáron al principio de ellos; pero despues cuando el tiempo señalado para obedecer se acercó á su término todos se sometiéron y volviéron (1). Tito Livio refiere el hecho por el tenor siguiente. « Cada uno de estos hombres, todos los cuales eran feroces, obedeció á su propio temor. » *en ferocibus universis singuli*

Lleva razon; los hallo todavía en los actuales Franceses. G.

(1) Si los emigrados no volviéron en el año 1792, nace de que ellos contaban con las resultas del Congreso de Pilnitz. ¡ Véase como se sometiéron, y volviéron bien pronto cuando se las aposté despues! Los Chones y otros rebeldes no pueden resistirse contra el uso que hago de esta reflexion de Maquiavelo. R. C.

metui suo obedientes fuere; y realmente no puede hacerse una mejor pintura de la índole del vulgo en semejantes ocurrencias que la hecha en este pasage. Es él audaz muy á menudo en sus discúrsos contra las providencias de su soberano; pero cuando despues llega el castigo á acercársele, desconfiándose cada uno de su vecino, todos creen deber hacer prueba de su obediencia.

Así pues, es cierto que cuanto se dice de la buena ó mala disposicion de un pueblo, debe reputarse como cosa de leve monta, si te hallas en una situacion harto bien ordenada para que puedas contenerle, y si puedes dar providencias para no ser ofendido por individuo ninguno mal ó bien dispuesto. No quiero hablar aquí mas que de aquellas malas disposiciones que infunden en los pueblos cualquiera otra causa que la pérdida de su libertad, ó de un príncipe á quien aman, si está vivo todavía (1). Las malas disposiciones que dimanan de estas causas son formidables con

(1) Será pues indestructible esta última causa de mala disposicion en mis pueblos? R. I.

superioridad á toda expresion (1). Hay necesidad de remedios mayores para reprimirlas y contenerlas; en vez de que esto es fácil con respecto á las otras malas disposiciones, con tal que los pueblos no tengan gefe ninguno á quien poder recurrir. No hay nada, si se quiere, que por un lado sea mas temible que un vulgo desenfrenado y sin cabeza; pero ni nada que por otro sea mas debil (2). Aun cuando tuviera él las armas en la mano, será fácil reducirle, si sin embargo puedes librarte del primer choque (3); porque despues, cuando los espíritus esten algo frios, y que cado uno vea que le es preciso volverse á su casa, comenzando entonces á dudar sobre la bondad de su causa y sobre la fuerza de su valor, pensarán en mirar por su salud, ya con

(1) Ninguno en el mundo sabe hasta que grado me fatigan ellas. R. I.

(2) No temblando uno jamas delante de él, le hace temblar siempre. R. C.

(3) Es una cosa que ellos parecen ignorar; y la simple proximidad de un choque acabaria de desconcertarlos. R. C.

la huida, ya con la sumision. Por esto un vulgo sublevado, que quiera evitar semejantes peligros, deberia elegirse en su seno un caudillo (1) y pensar en su defensa, como lo hizo el populacho de Roma, cuando despues de la muerte de Virginia, se salió él de Roma, y creó veinte tribunos escogidos en su seno, á quienes dió el encargo de salvarle. Cuando la plebe no toma semejantes precauciones, le acontece siempre lo que decia ahora Tito Livio; es á saber, que todos juntos son audaces, y que despues, cada uno se vuelve cobarde y débil cuando empieza á pensar en el peligro que le amenaza (2).

§ VI.

Cualquiera que llega de una condicion baja á una suma elevacion, lo consigue mucho mas con el fraude que con la fuerza (Cap. 13 del lib. II.)

Miro como cosa muy verdadera, que no su-

(1) Impedir de antemano que él pueda hallarse. R. C.

(2) No hay hombre que, en lo concerniente á los

cede nunca, ó mas que rarísimas veces á lo menos, que nacido un hombre en una condicion humilde, llegue á un puesto eminente sin la fuerza ó el dolo, á no ser que este puesto se le haya conferido por munificencia, ó dejado en herencia; pero no creo que se haya visto jamas que la fuerza sola haya bastado, mientras que á menudo se reconocerá que no hubo necesidad mas que del fraude (1). Lo verá claramente, cualquiera que lea la vida de Filipo de Macedonia, la de Agatoclés el siciliano, y la de otros muchos de esta especie, que, de muy pequeña condicion, y aun de baja ascendencia, llegáron á reinar, ó á ejercer grandes mandos. Xenofonte, por lo demas, nos muestra la necesidad de engañar, en su historia de Ciro (2), cuando forma enteramente con fraudes la primera empresa de su heroé contra el rey de Armenia, y cuando

negocios públicos, no sea tal cuando le dejan solitario de uno ú otro modo. R. I.

(1) Hay necesidad de ámbos; ya mas, ya menos de uno ú otro. R. I.

(2) Admirable obra! G.

le hace ocupar su reino, no con la fuerza, sino con embusterías. Ah! no se crea que por ello quiera yo concluir otra cosa, de una semejante conducta, sino que un príncipe que quiere hacer cosas resplandecientes, se pone en la necesidad de aprender á engañar (1). Xenofonte nos presenta tambien á este heroé, engañando de muchas maneras á Ciajar, rey de los Medos, y tio suyo materno; y muestra que Ciro, sin los engaños de que usó con él, no podia conseguir la grandeza á que llegó.

No creo que pueda decirse nunca que, entre los que nacidos de una humilde condicion llegáron á empuñar el cetro, hay ni siquiera uno solo que lo haya hecho únicamente á viva fuerza y con franqueza (2). Se halla por el contrario que hay muchos que lo lográron sin mas medio absolutamente que el fraude; y de cuyo número es Juan Galeas que, por este

(1) Tendrian tanta vanidad como mala fé, los que pretendieran que esto es un consejo, que Maquiavelo da á todos, como si todos los hombres fueran capaces de ilustrarse como yo. G.

(2) Imposible. G.

solo medio, quitó el estado y mando de la Lombardia á su tio Messer Barnabó (2).

Lo que los príncipes estan precisados á hacer para su elevacion, es tambien de necesidad en las nuevas repúblicas, hasta que se hayan hecho poderosas, y que no necesiten ya mas que de la fuerza para sostenerse. Como Roma empleó por todo estilo, unas veces por un efecto de la casualidad, y otras por eleccion, todos los expedientes necesarios para llegar á la grandeza, no dejó de hacer ella tambien uso de este. ¿Le era posible en sus principios imaginar un engaño mas fuerte que el estratagema de que se valiò para proporcionarse algunos aliados, supuesto que bajo este nombre de aliados, hizo esclavos de su dominacion á los Latinos y demas pueblos de las inmediaciones? Despues de haberse servido primeramente de los latinos para sugetar á los pueblos circunvecinos, y adquirir la reputacion de un estado poderoso; se vió aumentada en tanto grado, luego que los hubo sojuzgado, que

(1) La historia, con especialidad la de Italia, me presenta otros muchos ejemplos suyos. G.

pudo derrotar despues á cada uno de sus aliados. No echáron de ver los Latinos que se habian convertido enteramente en esclavos suyos, mas que cuando la viéron derrotar por dos veces á los Samnites, y forzarlos á tratar con ella. Como esta victoria aumentó singularmente su reputacion entre los príncipes distantes, que conociéron la fuerza del pueblo Romano, sin que él les diera á conocer la de sus armas; los que la veian y experimentaban, entre los que se hallaban los Latinos, concibiéron zelos y temor de ella. Esta envidia y temor fuéron de tanta eficacia que no solamente los Latinos, sino tambien las colonias que los Romanos tenian en el Lacio, unidos con los Campanos á los que aun estos habian defendido poco ántes, se conjuráron contra ellos. De esto, aquella guerra que los Latinos suscitáron contra Roma, no atacando á los Romanos, sino defendiendo á los Sidicinos contra los Samnites que les hacian la guerra con el beneplacito de Roma (1).

(1) Estas galadas nos han sido bien útiles; y aunque su secreto puede ser conocido de todos, ellas hallan siempre bobos. G.

Es tan cierto que los Latinos, por haber reconocido esta trapaceria de los Romanos, peleáron contra ellos de este modo, que Tito Livio pone las siguientes palabras en la boca de Anío Setino, pretor latino, cuando habló sobre esta materia en su consejo: « ¿Podríamos les decia, podríamos sufrir el ser todavía esclavos á la sombra de un tratado hecho con buena fe por nuestra parte? » *Nam si etiam nunc sub umbrâ fœderis æqui servitutem pati possumus, etc.?* (Lib. VIII. 3, 6.)

Así pues se ve que los Romanos, en sus primeros acrecentamientos, hiciéron tan grande uso del fraude; que necesitáron de este siempre los que partiendo de un punto muy poco apreciado, querian subir á unos puestos sublimes; y que le condenan tanto menos cuanto mejor disfrazado está, como lo estuvo el de los Romanos.

§. VII.

El Príncipe que, por medio de su deferencia con los vasallos, cree templar su osadía, se engaña comunmente. (Cap. 14 del libro II.)

Se vió á menudo que esta deferencia es no

solamente inútil del todo, sino tambien perjudicial, especialmente cuando la ejerces con hombres insolentes que, por envidia ú otros motivos te tienen odio (1). Tito Livio lo testifica, con motivo de la guerra entre los Romanos y Latinos. Habiendose quejado los Samnites á los primeros de que los segundos los habian atacado, no quisiéron los Romanos impedir que los Latinos hicieran esta guerra, para no irritarlos. La reserva de los Romanos no solamente irritó á los Latinos, sino que tambien les hizo volverse mas osados contra ellos; y se declaráron por enemigos suyos mas pronto que lo hubieran hecho sin esto. Tenemos la prueba de ello en las palabras del pretor latino, Anío, cuando decia en su consejo: « habeis hecho prueba de su paciencia, negando las tropas que habíais prometido suministrarles cerca de dos cientos años hace; y ninguno duda de que, con ellos, hubierais debido enardecerlos contra vosotros. Sufriéron sin embargo sosegadamente este desaire;

(1) Regla general: despreciar, humillar á cualquiera que solicite con aúdacia. R. C.